PERSONA y Educación, PERSONA y Educación, PERSONA y Educación,

Sobre la importancia de la formación humana militante

Carlos Díaz[1]

1 Profesor de la Universidad Complutense de Madrid. Ver más en nuestro link de Autores.

Para Emilio Andreu

Las siguientes son palabras de Salvador Seguí, el Noi del Sucre: "Hay que leer mucho y discutir más para que cuando llegue el momento de traducir en realidades todas estas cosas nos encuentren suficientemente preparados. Mientras no se eduque al pueblo no se podrá hablar de verdadera emancipación, y sostener lo contrario es engañarse o engañar a los demás". A la pregunta sobre sus escritores preferidos, contestó: "Para mí el mayor de todos los pensadores ha sido Aristóteles, después Descartes, Kant, Nietzsche, Montaigne, Rousseau, Gracián..." Y esto no lo decía ningún especialista universitario, sino un anarquista pintor de brocha gorda que permaneció largas temporadas en la cárcel.

A las 9 de la noche se reunían los militantes en centros obreros, sociedades, sindicatos, ateneos, muchas veces hasta altas horas de madrugada. Reuniones, cursos, clases, actos culturales, redacción de folletos, gestiones contables, todo ello comenzaba a partir de la hora en que los obreros salían de trabajar, pues no había ni un solo liberado.

Con ocasión de un primero de mayo, a un periodista francés le llamó la atención que en toda Barcelona hubiese carteles del partido comunista invitando a la manifestación del día de trabajo, sin que hubiera uno solo de CNT, pero un militante confederal le dijo que no se preocupara, pues allí estarían 100.000 cenetistas, porque "ha salido anunciado en la Soli" (nombre cariñoso para Solidaridad Obrera). Y así fue. El número de manifestantes coincidía aproximadamente con la tirada del periódico anarcosindicalista.

> "¿Qué es un teólogo hoy? Un ser casi imposible. ¿Y un escritor militante? Bien, ¿y usted? A nosotros, los que nos quedamos pero también conocimos la emigración, no nos queda ni el exilio ni el insilio para escribir periódicos, y ello por once motivos, el primero de ellos porque ya no hay lectores militantes, y los demás sobran".

La cultura militante también tuvo su humor y su honor. Durante la dictadura de Primo de Rivera, cierto periódico publicó una anuncio de una determinada marca de chocolate con una orla tan afiligranada y trucada en su borde, que en ella podía leerse: ¡Viva la República!, lo cual obligó a someter también los anuncios a la censura. Otras veces se valieron de esquelas supuestamente mortuorias de algún preboste intercalando en su texto frases mortificantes para el Gobierno, de modo que, al acercarse la gente al domicilio para dar el pésame, causaban el sobresalto del presunto finado y de su pudiente familia. Entonces el gobierno dispuso que las esquelas fuesen intervenidas por las empresas de pompas fúnebres, las cuales sólo ponían su sello después de haber visto al muerto. Otras veces la prensa militante se derramaba en desorbitadas alabanzas hacia el dictador llenas de ironía. Cuando lo censurado era una sola palabra, se sustituía por un vocablo absurdo, por ejemplo Zumalacatuguí, que nada tenía que ver con el resto del artículo. Por otro lado, la censura roja obrera se negaba a dar noticias antiobreras; cuando llegaba a manos de los linotipistas una nota oficial que olía a falsedad, consultaban con el delegado de taller y, si éste rechazaba su publicación, componía un artículo tratando, por ejemplo, del precio de las patatas. Lo bueno del caso es que las autoridades tardaron más de quince días en darse cuenta de la censura roja, pues como los títulos de las notas oficiales aparecían intactos, nadie se molestaba en leer el texto, ni siquiera en las oficinas de la censura.

Y esto lo hemos conocido nosotros durante otra dictadura, la del Generalísimo Franco. ¡Amigo Miguel, el mudo de mi alma, que estás en el cielo, alguna vez te llevaron a la cárcel porque en aquel registro policial de

tu chabola de Orcasitas encontraron cincuenta folios en blanco y por tanto tenías que estar utilizándolos en labores de propaganda anti-régimen, tú, el más culto de entre los más pobres peones sueltos de la construcción! ¡Todavía alguien me recordaba hace unos días la reunión clandestina habida en el campanario de una Iglesia de Elche mientras abajo ladraban los perros lugareños, quizá irritados espectadores por mi atrevimiento oratorio! ¿Y cuántas veces nos prohibieron en Zyx los libros, cerrándonos incluso la Editorial, a la que siguió otra el día después? Sin la mejor jactancia, estoy absolutamente seguro de haber sido el más censurado de todos los escritores militantes españoles, aunque sólo fuera porque cada quince días enviaba algún folleto a la censura obligatoria -con seudónimo más tarde, claro- tan sólo por haber aprendido a escribir con claridad para los humildes ¡Y cuántas veces habrán ido presos los militantes y confiscados sus puestos callejeros de libros! ¡Y cuántas otras esos mismos vendedores de folletos fueron amenazados por los viandantes a quienes incomodaban algunos títulos! ¡Y con cuanta indignación vimos regresar en la madrileña calle de la Princesa al decepcionado comprador del folleto del clásico Julián de Zugazagoitia "Pablo Iglesias, su vida y su obra", para devolvernos el folleto recién adquirido por trece pesetas en el que no encontraba la canción Gwendolin del auténtico Julio, Julio Iglesias!

¿Qué es un teólogo hoy? Un ser casi imposible. ¿Y un escritor militante? Bien, ¿y usted? A nosotros, los que nos quedamos pero también conocimos la emigración, no nos queda ni el exilio ni el insilio para escribir periódicos, y ello por once motivos, el primero de ellos porque ya no hay lectores militantes, y los demás sobran. Cuando León Felipe, como otros tantos, salió al viento y a la mar, arrojado de la casa paterna por el último postigo del huerto, escribió:

> Hermano... tuya es la hacienda...
> la casa, el caballo y la pistola..
> mía es la voz antigua de la tierra.
> Tú te quedas con todo
> y me dejas desnudo y errante por el mundo...
> Mas yo te dejo mudo... ¡mudo!...
> ¿Y cómo vas a recoger el trigo
> y a alimentar el fuego
> si yo me llevo la canción?

Más tarde, junio del 1958, en México, muy lejos del 1939, repasaba su vida León Felipe rectificando del modo siguiente en un prólogo a la poetisa Ángela Figuera Aymerich, que había decidido quedarse en la España de los vencidos: "Al final todo se hizo grito vano, lamento hinchado, blasfemia sin sentido, palabras de un idiota llenas de estrépito y de furia que se perdieron como burbujas de hiel en el vacío... Los mudos fuimos nosotros... ¡Los desterrados y los mudos! De este lado del exilio nadie dijo la palabra justa vibrante. Hay que confesarlo: de tanta sangre a cuestas, de tanto caminar, de tanto llanto y de tanta injusticia... no brotó el poeta. Y ahora estamos aquí, del otro lado del mar, nosotros los españoles del éxodo y del viento, asombrados y atónitos oyéndoos a vosotros cantar: con esperanza, con ira, sin miedos...".

Este texto se parece muchísimo al del prólogo de Diego Abad de Santillán a mi libro El anarquismo como fenómeno político-moral. Santillán también se fue al cielo, como León Felipe, y ambos creyeron que en el interior de la ensangrentada piel de toro, España, quedaban al menos renuevos de su cepa. En paz descansen: han tenido mucha más suerte que quienes como un servidor no hallan la paz militante y sabia dentro ni fuera tras haberla buscado escarbando con los dientes parte a parte.

"Esa voz... esas voces... Dámaso, Otero, Celaya, Hierro, Crémer, Nora, de Luis, Ángela Figuera Aymerich... los que os quedasteis en la casa paterna, en la vieja heredad acorralada... Vuestros son el salmo y la canción". ¡Qué suerte tuviste, León Felipe! En la noche de hoy, aún septembrina y tórrida, arde en llamas mi casa que es la vuestra: es la fiesta de la Melonera de mi barrio, y a todo berrido echa fuego el hip-hop de los ensordecedores wafles, mientras la hinchada del Atlético de Madrid regresa del estadio Vicente Calderón, hinchada de ser hinchas de la nada. Las terrazas llenas, la felicidad absoluta, la gominola en ristre, el volumen a toda pastilla de los coches de treintañeros, el alcohol que convierte a los cobardes en violentos, que no en valientes, macarrez de macarreces y todo macarrez. Y yo aquí, militante de antes y de durante y de siempre y de nunca, respondiendo a tanto incendio pensando este artículo, escribiéndolo, y firmándolo. ¡Que Dios se compadezca de mí! Porque los poetas no lo hacen: ¿qué cantan los poetas andaluces de ahora, pero dónde los hombres?